

LA SEMANA TRAGICA

Barcelona, agosto de 1909

Roberto J. **Payró**

(Publicado en **La Nación**
el 3 de septiembre de 1909)

Ya conocen los lectores de **La Nación**, hasta en sus detalles, los terribles sucesos que acaban de producirse en Barcelona : han visto templos, conventos y asilos presa de las llamas en los cuatro extremos y el centro mismo de la ciudad ; calles rotas por las barricadas y convertidas en fortalezas ; guerrillas de obreros combatiendo a tiros con la guardia civil y la policía ; turbas de hombres, mujeres y niños conduciendo en macabra procesión de cadáveres momificados de monjas y de frailes ; grupos desaforados que saqueaban armerías para pertrecharse ; masas de petroleros y petroleras – sobre todo mujeres – , que recorrían la capital desierta y aterrada, sin que la escasa guarnición militar intentase siquiera detenerlas, incendiando los edificios religiosos, insistentes, obstinadas, prontas a repetir cien veces su tarea destructora si era preciso para lograr su objeto ; han oído, por último, el seco disparo de los máuser, el retumbo del cañón, el tableteo trágico de las ametralladoras que barrían al pueblo sublevado para desalojarlo de sus posiciones y reducirlo a la impotencia ; y después han sentido un silencio de muerte que se cernía

sobre la hermosa capital catalana, sólo iluminada en la noche por la luz de la luna que le daba aspectos de pesadilla, desierta y mustia durante el día bajo el pesado calor estival y los abrasadores rayos del sol.

Y sin duda saben mejor que nosotros, habitantes de Barcelona, el detalle de lo acontecido, la parte superficial diré, pues de ello se les ha telegrafiado desde la corte necesariamente bien informada en todos los momentos, mientras que aquí, interrumpidas las comunicaciones desde el 27 de julio, cortados los tranvías, suprimidos los periódicos, fortificadas las calles, cerrados los comercios y centros de reunión, cruzado el aire por balas que partían de todas direcciones, no había modo de informarse amplia y seriamente, tanto más cuanto que las autoridades guardaban absoluta reserva sobre todo lo que llegaba a sus oídos. Sólo por la noche, desde los terrados o azoteas en que se aglomeraban los vecinos curiosos, las rojas llamaradas y las densas columnas de humo de los conventos e iglesias que ardían, el fragor de las descargas y la voz del cañón, eran los elocuentes noticieros del drama que estaba desarrollándose.

Después, cuando comenzó a renacer la calma, el 30, el 31 de julio, inicióse esa corriente de noticias contradictorias, exageradas, falsas en su mayoría, llenas de pasión siempre, que se produce de un modo inevitable a raíz de

convulsiones tan hondas. Según ellas, el pueblo había hecho iniquidades, cometido crímenes horrendos, asesinado sacerdotes, violado monjas, asaltado y saqueado casas de familia ... En cambio, corría la aseveración más formal de que en los conventos se habían encontrado prensas de fabricar moneda, billetes de banco falsos, cámaras de tortura inquisitorial, monjas emparedadas, cadáveres recientes con rastros inequívocos de suplicios espantosos ... Hay que desechar todo esto por pronta providencia, hasta más fehaciente averiguación. Desde luego, el pueblo en general – y salvo las excepciones inevitables en momentos así, de locura y anarquía – se ha conducido tan bien, que antes de dar fuego a los conventos invitaba a frailes y monjas a que los desalojasen, y aún solía acompañarlos al refugio que elegían, para evitarles todo daño personal. Y en cuanto a los hallazgos hechos en los conventos, se explican, o tratan de explicarse, satisfactoriamente : la cámara de tortura no es sino el cuarto de una monja demente, con la cual había que tomar especiales precauciones ; las prensas y troqueles eran para hacer medallitas de santos ; los billetes se utilizaban en la enseñanza del comercio ; los cadáveres eran antiguos restos de cuando se enterraba en los conventos ...

La prensa europea, y sobre todo algunos periódicos importantes franceses e ingleses, se han hecho eco de muchas de estas informaciones

falsas o exageradas, porque sus enviados especiales, no conociendo el país y no contando con fuentes fidedignas, han tomado por artículos de fe los rumores corrientes, las hablillas sensacionales, y aun agregando algo de su cosecha, como el fusilamiento de la "*junta revolucionaria*" y de tres diputados al congreso (***Le Journal***). Nada de esto hay, hasta ahora, y para no insistir en detalles dudosos e improbables, mejor es que nos ocupemos de reseñar en conjunto cómo se produjo el estallido, para determinar luego, en otra carta, sus causas ciertas y sus efectos posibles.

Como se sabe, la guerra de Africa es impopular en toda España, y en muchas provincias se han hecho contra ella manifestaciones de protesta más o menos ostensibles y enérgicas. En este sentido condenatorio de la guerra preparóse una huelga general en las provincias catalanas y en otras del reino, que luego no respondieron a su tácito compromiso. Madrid había ya dado pruebas de compartir las opiniones pacifistas. Aquí, en Barcelona, el movimiento se miraba con simpatía, excepto entre los partidarios del gobierno, y los mismos dueños de fábricas permitieron sin objeción que sus operarios abandonaran el trabajo. Llegó el 26 de julio. Desde la mañana el paro se hizo general y la huelga se presentaba con caracteres pacíficos. Una chispa bastó para producir la tremenda conflagración. Los tranvías

seguían circulando y los huelguistas quisieron impedirlo, rompieron troles, sacaron coches de las vías, inutilizaron éstas, intervino la guardia civil, la de seguridad, hubo tiros iniciados no se sabe por quién, y la huelga se convirtió en motín, para pasar enseguida a revolución. Por todas partes aparecían grupos más o menos bien armados, se hicieron barricadas, se dio vivas a la república, cerráronse los establecimientos públicos, la gente tranquila desertó las calles y la ciudad condal quedó en estado de guerra. Hasta entonces no se había producido ningún desmán y la huelga pacifista parecía trocarse en revolución republicana, regada desde el primer momento con sangre del pueblo y de los guardias. Las tres provincias catalanas de Barcelona, Tarragona y Gerona ardían al propio tiempo : en los primeros días pudo considerarse que la revolución era dueña de ellas, tanto que algunos instalaron su gobierno provisional. Pero el foco no se extendió más allá, aunque en España sea grande el partido republicano radical que predica continua y ardientemente la revolución, sin duda porque cualquier actitud de Cataluña, hasta la más simpática, se mira con recelo y esquividad, como si fuera manifestación o esfuerzo separatista.

Bien, pues con el sacrificio de algunas vidas – mayor que el realizado por las guardias, más aguerridas y mejor armadas – el pueblo sublevado imperó en la ciudad y la provincia, pero le faltaron

jefes desde la primera o más bien desde la segunda hora. Los republicanos que el mismo día predicaban en sus periódicos la revolución y la violencia, repudiaron el movimiento, o porque les pareció puramente catalanista, o porque informados de que el resto del país permanecería indiferente, juzgaron que les aguardaba una derrota. Sin embargo, catalanista evidentemente no lo era, pero en el catalanismo tiene un gran papel el catalán, y en cuanto al fracaso ... ese elemento con el que ha de contarse en cualquier revolución, pero menos que nunca cuando se ha comenzado por conquistar una importantísima base de operaciones. Sea como sea, el hecho es que los republicanos, diríamos, abandonaron el movimiento, y luego lo condenaron (véanse las declaraciones de los diputados republicanos al congreso y de los jefes de la izquierda solidaria).

Estas circunstancias, este abandono, hicieron que la anarquía reinara en las filas obreras, que ignoraban contra quien podrían ir más eficazmente, y si les convenía o no asaltar los cuarteles, el castillo de Montjuich, fortalecerse, en fin, aprovechando la designación providencial de la guarnición de Barcelona. Luego hubiera costado mucho desalojarlos, y el movimiento hubiera crecido con el éxito. Pero, sin tener quién lo encauzase, el pueblo, siempre niño, optó por un juego trágico que satisfacía sus pasiones, pero no velaba por sus intereses : él mismo, que había

convertido la huelga en revolución, redujo ésta, enseguida, a manifestación anticlerical. "*Iniciativa anarquista*", llaman muchos a esta segunda metamorphosis : no es, sin embargo, más que un resultado de la indecisión, de la desorientación de una masa sin guía ni rumbo, que puesta ya en movimiento y en acción, tiene que andar, tiene que hacer algo por fuerza de inercia, lógicamente, no importándole nada lo que haga, con tal de hacerlo. El primero que tiene una idea, por torpe que sea, el primero que levanta la voz y dice "¡ vamos !" abre a la corriente estancada del pueblo un declive por donde se precipita como el agua, sin saber dónde va, ni por qué va. Para esto, sólo es necesario que el pueblo esté en situación de realizar el fenómeno ; y en este caso lo estaba.

El 27 comenzó el incendio de conventos, iglesias y asilos, de todo, en fin, lo que simbolizaba y materializaba para la masa en rebelión la influencia y el poderío clericales, a los que se atribuye, no sin motivo, mucho de lo malo que ocurre en España. Nada laico se atacó, fuera de algunas armerías para pertrecharse y la usina de la luz eléctrica para contar, también, con la defensa de las sombras. Y es lo extraño y al mismo tiempo digno de encomio, que el pueblo trató de evidenciar de la manera más completa, que iba contra una institución, no contra las personas : antes de poner fuego a los edificios – lo repito –, invitaba a sus ocupantes, frailes o

monjas, para que los desalojaran y pusieran en salvo sus vidas. Esta especie de magnanimidad, que enaltece a los catalanes, explica por qué no ha habido casi víctimas en los incendios que destruyeron totalmente cerca de cuarenta residencias, algunas de ellas de diversos pisos y mAs de una manzana de superficie. Los mismos sacerdotes, las mismas monjas, lo declaran así, y los periódicos imparciales se complacen en publicar sus relatos, prueba de la nobleza catalana. Consigno esto gustoso porque corrobora las afirmaciones que ya había formulado en un rápido estudio sobre este pueblo, que estoy redactando y terminaré en breve.

Es de notar que en la tarea incendiaria tomaron activísima participación numerosas mujeres y muchos jóvenes menores de veinte años. La mujer del pueblo es muy apasionada en Barcelona, y en la *Casa del Pueblo* fundada por Lerroux existe una, que llamaré "sección femenina", que se da el título de "*Las damas rojas*", y que se proclama resuelta y activamente revolucionaria. En cuanto a los jóvenes, los no inoculados de anarquismo, son también partidarios de la violencia, siguiendo las lecciones del mismo Lerroux que en su célebre artículo del 1 de septiembre de 1906, en ***La Rebeldía***, les proclamaba : "*Entrad a saco en la civilización miserable y decadente de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses,*

alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie, penetrad en los registros de la propiedad y haced hogueras con sus papeles ... Hay que hacerlo todo nuevo, con los sillares empolvados, con las vigas humeantes de los viejos edificios derrumbados, pero antes necesitamos la catapulta que abata los muros y el rodillo que nivele los solares ... Seguid, seguid ... No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante las alturas". Podrá objetarse que esta incitación era puramente simbólica ; pero el pueblo ignorante ha tomado siempre los símbolos en su sentido directo y aparente, como simplista que es, y puede que los acontecimientos de estos últimos días sean una prueba más de la verdad de la afirmación, por una parte, y de lo axiomático del refrán que dice que una cosa es predicar y otra dar trigo, porque si el predicador no se halla en el país, bien estaban en él sus segundos apóstoles, representantes y continuadores.

Ni quito ni pongo rey, pero en mi corto entender, creo que ésta era la oportunidad – o nunca, si había realmente ganas – de hacer una revolución con visos de seriedad, pues todo contribuía a ello, el éxito del levantamiento, la debilidad de la guarnición, la posible connivencia del ejército, minado por las ideas republicanas y libertarias, la misma apatía, indiferencia (o quizá esperanza, ¡quién lo sabe!) de las clases acomodadas, que no opusieron la mínima

resistencia al primer empuje, ni más tarde condenaron con mucho calor el movimiento, a pesar de su total fracaso, invitador al *vae victis* y – cantidad significativa, la indecisión y la lenidad de las autoridades superiores, representantes del poder central – fenómeno que merece párrafo aparte.

El gobernador civil, Ossorio y Gallardo, el capitán general don Luis de Santiago y el presidente interino de la audiencia, señor Enciso, informaban por cuerda separada al gobierno central, el primero quitando importancia al movimiento, los otros exagerándolo. En vista de esto el ministro de la gobernación envió dos telegramas sucesivos al señor Ossorio, uno preguntándole si a su juicio debía reunirse la junta de autoridades, el otro ordenándole que la citara. El gobernador civil recibió el segundo antes que el primero y, considerándose desairado y lastimado, dimitió.

Ante un nuevo telegrama explicativo del ministro, y sin retirar por eso su dimisión, reunió la junta, y en ella expuso su convencimiento de que no era necesario resignar el mando en la autoridad militar, ni proclamar el estado de sitio, pues tenía medios sobrados de sofocar el movimiento sin acudir a medidas tan extremas. Enciso y Santiago no fueron de su opinión, y Ossorio entregó el gobierno al segundo y se retiró a su casa, no sin antes poner sus servicios a la disposición del

general. Enciso tomó a su cargo el gobierno civil.

Pero el general Santiago, recién llegado a Barcelona, no conocía suficientemente la ciudad, su población, los barrios convulsionados, las costumbres y las tendencias obreras, y por otra parte no contaba sino con un puñado de hombres que algunos creen tocados por la revolución, especialmente porque se trata de evitar que vayan a Marruecos. Sea por estas, sea por otras causas, lo cierto es que el capitán general procedió los primeros días con una lenidad que sorprende, y que contrastó con la actitud de la guardia civil y la policía. Básteme decir que piquetes con el arma al brazo presenciaban inmóviles el incendio del magnífico edificio – más de una manzana – de los padres escolapios, que está materialmente convertido en pavesas, excepto los muros de piedra, que las patrullas no impidieron otros muchos desmanes a que las turbas se entregaron, impunes, durante la noche del 27 ; que a algunos oficiales se ha visto aceptando la copa de vino ofrecida por los amotinados y que éstos abrían voluntariamente paso entre sus barricadas a las patrullas de línea, etc., etc. ¿ Consideró el general que la represión sin fuerza suficiente sería echar más leña al fuego, envalentonando a los revolucionarios con un primer triunfo, multiplicando su número, sus bríos y su audacia como suele acontecer ante el éxito ?, ¿temió también que los soldados defecionaran, abrazando la causa

popular ? Quizá haya un poco o un mucho de todo esto, pero en tal caso no se explica que él mismo decidiera la resignación del mando del gobernador civil, apoyando el voto del presidente Enciso. En suma, puede que hiciera bien, pero es el caso que los revoltosos quemaron aquellos días cuanto les dio la gana y no fueron reprimidos seria y eficazmente hasta la llegada de refuerzos. Tanta gravedad había asumido el movimiento que dichos refuerzos constaron de los regimientos de infantería de Mahón, Aragón, Lealtad, Constitución, Mallorca, Asia y Luchana, los de caballería de Almanza, Alcántara, Castillejos y Treviño, unos mil guardias civiles de otras regiones, una compañía de zapadores y otra de telégrafo. Ante este alud de fuerzas el movimiento inorgánico y sin puntos de apoyo tuvo que ir amainando hasta cesar por completo. Más de diez mil hombres custodian hoy la ciudad condal y tienen a sus habitantes como con centinela de vista, tantas son las guardias permanentes establecidas en las calles, los escuchas apostados en las esquinas y los retenes que ocupan los puntos estratégicos.

Ahora, Barcelona está tranquila, y ha recobrado su movimiento de costumbre. Pero flota en el aire un vago temor. Se siente que esto no ha concluido, aunque por el momento, con la enorme fuerza aglomerada en la ciudad, sea imposible o poco menos un nuevo alzamiento del pueblo, sin

armas y sin organización. A pesar de esto, se habla de una huelga general, encaminada a hacer que se pongan en libertad a los cuatrocientos y más presos que se hallan en el castillo de Montjuich ; pero tampoco creo que se realice, pues a los obreros han de faltarles recursos para vivir ; no pueden reunirse para cambiar ideas ni formar grupos en las calles ; no cuentan con jefes y han sido desahuciados – como ya dije – con más o menos franqueza por los diputados republicanos al congreso y por los representantes de la izquierda solidaria, quienes condenan, si no el movimiento, la forma en que se ha producido. No tienen, pues, apoyo moral, ni apoyo material, ni facilidad alguna para la protesta que indudablemente desean pero que les resultará imposible por ahora.

Sin embargo, esta explosión es de aquellas que acusan un estado morbosos de larga data. Hace recordar las agitaciones precursoras de 1789. No insistiré en el punto. Prefiero, por el momento, dilucidar bien o mal, en otra carta, las causales mediatas e inmediatas de ésta que con razón he llamado en el título "*semana trágica*".

Roberto J. **Payró**